“Los que escuchan la palabra de Dios y la practican”.

Lc 8, 19-21

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

SER CREYENTES, ESCUCHAR COMO MARÍA LA PALABRA Y PONERLA EN PRÁCTICA COMO ELLA, VIVIR SU CONSIGUIENTE BIENAVENTURANZA..

Una de las problemáticas más candentes de la sociedad actual es la de la familia. En ella emergen graves dificultades debidas a la falta de valores y a la disgregación de las relaciones. Ahora bien, tal vez para poder superar la incómoda situación actual no basten las consultas psicosociológicas y las intervenciones legislativas y sea preciso volver al mensaje evangélico sobre la familia.

Descubrimos así que Jesús, aun reconociendo el altísimo valor de la familia en cuanto arraigada en la intención originaria del Creador, relativiza su importancia. El fragmento evangélico que hemos leído hoy nos recuerda que el valor de la familia es inferior y está subordinado al de la nueva familia del Reino. Esta exigencia de radicalismo a la hora de reconocer la urgencia de la llamada a la conversión y a la acogida del Reino es lo que explica ciertas exigencias de Jesús que, de otro modo, estarían en contradicción con sus enseñanzas sobre el valor de la familia. Jesús nos pide que, por encima de todo, obre en nosotros la pasión por el Reino: en definitiva, una acogida activa, generosa, de las exigencias señaladas por su Palabra, que nos incita a colaborar en la edificación del pueblo de Dios.

Volvemos a encontrar así el ideal que los profetas Ageo y Zacarías intentaban infundir en el pueblo de los exiliados vueltos a Jerusalén y un tanto incómodos por las dificultades de la empresa. Ser creyentes, escuchar como María la Palabra y ponerla en práctica como ella, vivir su consiguiente bienaventuranza..., no significa entrar en una esfera de enrarecidos goces intimistas, sino convertirse en colaboradores activos del sueño de Dios: hacerse una familia de hijos e hijas tan grande como toda la humanidad.

ORACION

Reconozco ante ti, Señor, la belleza de la llamada a formar parte de la familia del Reino, a experimentar en ella la ternura y la fuerza del amor del Padre que me quiere como hijo suyo, a convertirme cada vez más en tu hermano y amigo.

Con la ayuda de tu gracia, quisiera llegar a ser cada vez más semejante a María, tu madre y nuestra madre, modelo de obediencia inteligente y activa a tu Palabra. Deseo entrar como ella en una escucha silenciosa y adoradora de la Palabra de Dios, único camino para comprender el proyecto divino sobre mí. El silencio interior, tan necesario en mi vida, me separará de mí mismo, de mi pequeño mundo cerrado, para llevarme al firmamento de tu

Espíritu. Entonces me sentiré verdaderamente “uno” con mis hermanos y hermanas en Cristo.